



XX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Este es el pan bajado del cielo”.
“El que come este pan vivirá para siempre”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Proverbios 9,1-6; Efesios 5,15-20; Juan 6,51-58

Recomiendo con mayor énfasis leer la lectura del evangelio en el que Jesús se expresa con términos -"comer mi carne, "beber mi sangre"- de un realismo que resulta provocador e inaceptable para sus oyentes presentes. Les había recordado la comida aquella –el “maná”- con el que Dios les había alimentado para sobrevivir en los años del desierto. Eso formaba parte de la tradición creíble de la historia del pueblo judío. Otra cosa muy distinta resulta que este hombre, Jesús, su paisano, del que conocían bien su familia, pretenda presentarse ante ellos diciendo: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo, para que quien lo coma no muera” (Jn. 6,51). El contraste de lo que propone ahora Jesús era contundente: “sus padres comieron el maná en el desierto y murieron”. Ahora proclama: “el que coma mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”.

Sus interlocutores lo interpretan de manera literal: como habían comido el maná para alimentarse física y corporalmente, habría que comer la carne de este ser humano. ¡Inaceptable! Pero Jesús había introducido una expresión: “vida eterna” que reclama interpretar lo de “comer mi carne” en otra clave, en otro nivel de significado de la vida. En el mismo contexto ya había afirmado: “En verdad, en verdad les digo: el que cree tiene vida eterna” (6,47). Es claro el paralelismo entre “creer” y “comer”, lo que ya ofrece una pista para una interpretación no literal del “comer y beber”. “Comer la carne” de Jesús significa “creer” en su persona, aceptar e identificarse con su existencia humana concreta –“carne”–, encarnada en su contexto histórico, entregada con amor solidario y liberador a los sufrientes, oprimidos y ninguneados de su pueblo. “Comer su carne y beber su sangre” son imágenes fuertes: alimentan y fortalecen nuestra opción de creer en Jesús y vivir con alegría las exigencias –a veces difíciles- de su seguimiento. La comida del pan y la bebida se hacen vida nuestra. Con la imagen de “comer mi carne y beber mi sangre” la vida de Jesús se hace vida nuestra. Pablo en la carta a los Gálatas lo resume bien cuando escribe: “y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal. 2,20).

* Ciclo A

Cristo ama, se compadece y libera en nuestras propias acciones de amor, de solidaridad y de liberación. Las acciones que realizamos en este tiempo concreto y limitado alcanzan una densidad y trascendencia insospechadas: Jesús la llama “vida eterna”.

Cuando Juan escribe su evangelio, en las comunidades cristianas se celebraba normalmente la eucaristía en memoria de la cena última del Señor y los evangelios sinópticos hacen el relato de lo acontecido: Jesús toma el pan y luego el cáliz con el vino y lo entrega a los discípulos, diciendo: “Tomen, coman, éste es mi cuerpo... Beban todos, porque ésta es mi sangre que es derramada por muchos (todos) para el perdón de los pecados” (Mt. 26,26-28 y paralelos). Juan debió pensar que ya era bien conocido el relato y que él ya lo había adelantado en el capítulo sexto que venimos comentando. Y recupera, más bien, el gesto del lavado de los pies a los discípulos. ¡El Maestro a los pies de los discípulos! Comulgar –así llamamos el “comer su carne y beber su sangre”- no es simplemente un rito, es dar un sentido nuevo a la vida identificándonos con el sentido de entrega y de servicio humilde que él dio a la suya. Los relatos de la cena precisan más el sentido del gesto: cuerpo “que se entrega por ustedes” (Lc. 22,19), sangre “derramada por muchos (todos)” (Mt.26, 28. paralelos). Es comunión con la vida entregada y la misión liberadora, salvadora, de Jesús. Volviendo al texto de Juan 6, entendemos mejor las palabras de Jesús: “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él... el que me coma vivirá por mí... el que coma este pan vivirá para siempre”. Con la palabra “pan”, elegida por Jesús, está expresando que comer la carne (pan) es alimento necesario para una vida cristiana coherente y fiel, de entrega y de servicio a la causa de la vida y de una justicia nueva para la humanidad y de manera preferente para los pobres. Celebrar la eucaristía y comulgar no es un acto ritual. Es un “sacramento”, misterio de vida en Cristo, que compromete el sentido y las opciones preferenciales de nuestra existencia en esta sociedad injusta, opresora, que causa muerte, pero que también está necesitando y anhelando la presencia y acciones de personas –mujeres y varones, niños y ancianos- que den signos de esperanza, de justicia, de fraternidad y solidaridad. La comunidad eclesial, que celebra la eucaristía en todas las partes del mundo, tiene que repensar y replantear su presencia evangelizadora y su misión liberadora de los pobres y maltratados, como actualización de la palabra de Jesús: “mi carne por la vida del mundo”.

La primera lectura, tomada del libro “Proverbios”, después de invitar a la búsqueda de la Sabiduría con la imagen de la comida y el vino, concluye con la recomendación: “Déjense de simplezas y vivirán, y sigan el camino de la inteligencia”. Justo lo que más tarde Jesús propuso con la imagen de comer “el pan bajado del cielo”. Se trata de discernir y elegir: “vivir con simpleza” o vivir “una vida eterna”.

La segunda lectura, de la Carta a los Efesios, comienza con un saludo a “los santos y fieles en Cristo Jesús. Gracia a ustedes y paz de parte de Dios, nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Ef, 1,1-2). Después de explayarse en la presentación de lo que llama “el misterio de Cristo” concluye en una larga exhortación a la unidad, “para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4,12), que implica “revestirse del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4,24). Hay que dejar

comportamientos como la mentira, el enojo, el robo y “cualquier clase de maldad”, para ser “imitadores de Dios, como hijos queridos”. Y con gran realismo anota en el texto que hoy se lee: “Así pues, miren atentamente cómo viven; no sean necios, sino sabios, aprovechando bien la ocasión, porque los días son malos”. Reclama atención y discernimiento, sin ingenuidad, ni dejarse avasallar por las dificultades de este tiempo.

. Tarea ardua, para la que, mirando las palabras del evangelio, necesitamos el alimento y la fortaleza que da el “pan de vida”. El bautismo y la comunión con la carne y la sangre de Jesús en la eucaristía son los sacramentos que nos constituyen “santos y fieles en Jesucristo”, en discípulas y discípulos de Jesús, que, a imagen suya, vivimos nuestra existencia presente como entrega para la vida de los demás. Quien así vive – dice Jesús- “vivirá para siempre”, participa ya de la “vida eterna”.